

Tejiendo palabras

Muestra de Artículos

(Sevilla) Articulista en diferentes medios. Gitana e incapaz de no moverse frente a lo que considera injusto. Lleva años participando en movimientos sociales, asociaciones y organizaciones que luchan, de una u otra manera, desde la ética y contra los abusos políticos, sociales, hipotecarios o patronales. Licenciada en Derecho por la Universidad de Sevilla en 2004, en la actualidad abogada en ejercicio del Ilustre Colegio de Abogados de Sevilla. Especialista en Derecho Laboral y sindical, experta en Derecho de Extranjería. Maestría de Derechos Humanos Interculturalidad y Desarrollo por la Universidad de Pablo Olavide de Sevilla. Miembro fundador de la cooperativa y con compromiso activo en la defensa de los derechos sociales y políticos.



Pastora Filigrana García, Aliad@ con Palabra de Rromani Pativ

Frente a los discursos desde la izquierda, que exigen que nos desprendamos de la identidad para aliarnos, yo reivindico nuestra identidad como una identidad emancipatoria. El mundo que tenemos que construir no tiene que ser de competitividad sino de cooperación, colaboración, solidaridad y horizontalidad. Y esto es lo que han sido históricamente los gitanos y ahí siguen resistiendo. Hay que ser gitano para poder cambiar este mundo.

Somos quienes ponemos el dedo en la llaga del sistema.

El color del flamenco

La reciente petición de reconocimiento institucional a la aportación del pueblo gitano al flamenco ha desencadenado el resurgir de los discursos antigitanistas.

Hace unas semanas, un grupo de intelectuales y activistas gitanos y gitanas se dirigieron a los grupos parlamentarios andaluces a fin de instar una declaración institucional para el reconocimiento del elemento gitano en el flamenco. Alertan que el flamenco está sufriendo un “descafeinamiento y blanqueamiento” en los últimos años. No reivindican la paternidad exclusiva del flamenco pero sí el reconocimiento del pueblo gitano como uno de los padres fundamentales del flamenco.

Las reacciones entre los flamencólogos y otra intelectualidad paya cercana al flamenco no se han hecho esperar y la iniciativa se ha tachado de tontería, poco seria, innecesaria, y fruto de los celos de los gitanos. Pero lo más alarmante, leyendo las críticas, es que se ha entendido como una pretensión de reivindicar la autoría exclusiva del flamenco por parte de los gitanos a pesar de que la iniciativa remarca que lo que se quiere es un reconocimiento de la aportación gitana. Esto de dar por hecho que los gitanos y gitanas se quieren reapropiar de cosas que no son suyas es un triste estereotipo a superar.

El debate sobre la paternidad del flamenco viene de largo. Existen numerosos estudios históricos y etnomusicólogos que bucean en las raíces castellanas, negras, sefardíes, moriscas y gitanas del flamenco. Hasta donde yo sé existen más investigaciones de las cuatro primeras que de las gitanas. Esta última se presume que se da por supuesta y existen más investigaciones que intentan desmontarla que acreditarla. De hecho existen las, desafortunadamente llamadas, tesis gitanistas y antigitanistas del flamenco.

- Las tesis gitanistas son las que dan un protagonismo principal o exclusivo a la aportación gitana en el flamenco. El mairénismo (de Antonio Mairena) es la que más ha contribuido a ella. Estas tesis se pueden enmarcar dentro de la estrategia del poder político de identificación de lo gitano-flamenco con lo andaluz y esta a su vez con lo español que se lleva a cabo desde finales del S.XIX hasta el tardofranquismo en pos de la mercantilización y la reapropiación de la identidad gitano-andaluza.

- Las tesis (desafortunadamente llamadas) antigitanistas abogan por la desmitificación del factor gitano-andaluz en el flamenco. Los estudiosos de estas tesis reivindican la necesidad de hacer justicia histórica y social al flamenco y desempolvar la verdad: “que los payos también cantan y han cantado siempre”. Aquí encontramos de todo, algunas hipótesis más moderadas, respetuosas y bien fundamentadas y otras de quienes han hecho el objeto principal de su militancia flamenca la continua supremacía del cante payo sobre el gitano. Ejemplo de este último es la afirmación de Tomás Andarade de Silva, profesor del Conservatorio Real de Madrid, que mantuvo que los gitanos han sido meros intérpretes sin ninguna tradición musical ni cultural y que llegaron “mudos” a estas tierras.

No voy a entrar yo en el debate del gitanómetro del flamenco, como tampoco entran quienes hacen la propuesta del reconocimiento de la aportación gitana. Verdaderamente es una discusión estéril, imposible de acreditar fehacientemente, pues, al ser el flamenco un conocimiento vernáculo, no han quedado registros escritos suficientes para conocer los porcentajes que tiene de gitano y, salvo que viajáramos en el tiempo, no podemos esclarecerlo con certeza.

Lo que sí sabemos es que el flamenco nace en Andalucía, hay quien afina más y dice en el Bajo Guadalquivir. Nace en comunidades marginales, gran parte racializadas y excluidas socialmente. También sabemos que, desde los primeros documentos escritos sobre el flamenco, ya aparecen gitanos y gitanas, que tiene una manera de interpretación propia y que han sido quienes mejor han guardado el ascua del cante hasta hoy. En la actualidad la transmisión del flamenco fuera de los circuitos comerciales, es decir en los núcleos familiares, es muy escasa excepto en las familias gitanas. Cada vez es más difícil encontrar a alguien que haya aprendido compás, cante o baile en su familia y no en una academia, salvo en las familias gitanas.

Siendo así las cosas, me gustaría darles un consejo a quienes cargan con fuerza contra esta propuesta del reconocimiento de la aportación gitana al flamenco, o a quienes han hecho el objetivo de su militancia flamenca el desmontar las tesis gitanistas y mairenistas.

Su labor puede ser justa, necesaria y merecedora de respeto siempre que sea respetuosa, pero han de saber que ustedes no hacen estas críticas en un laboratorio o en una burbuja aislada de la sociedad. Cuando hacen estas críticas se están situando en un contexto socio-económico determinado. Cuando se habla de lo gitano en el flamenco no puede estar separado de lo que representa el concepto gitano en el resto de la sociedad. En 500 años se han dictado 250 leyes con el objetivo de perseguir y exterminar a la población gitana del Estado español. La última ley contra los gitanos se abolió en 1986 y en la actualidad, fruto de esta persecución y genocidio, una gran parte de la sociedad gitana vive en la exclusión social todavía en pago de su resistencia a doblegarse a las imposiciones sociales. Un contexto donde las encuestas dicen que el gitano es más repudiado como vecino que cualquier otra etnia y una real academia española de la lengua que define una de las acepciones de gitano como trapacero.

Es en este contexto donde ustedes abanderan sus tesis antigitanistas del flamenco. Y se preguntarán qué tendrá que ver una cosa con otra. Pues se lo intento explicar. Ustedes están situados en una situación privilegiada, son blancos y además sus discursos sobre el flamenco se construyen sobre los saberes académicos reconocidos como los únicos válidos. Sus discursos influyen, marcan tendencia porque son hegemónicos. Tienen que tomar conciencia de su posición privilegiada y ser responsables en sus opiniones antigitanistas. Cuando hablan de la injusta reapropiación del flamenco por parte de los gitanos, revísense y valoren cuánta influencia tiene en su opinión la ideología del gitano como trapacero.

Dirán que no son racistas, y yo no se lo voy a discutir, pero si no lo son anden con pies de plomo cuando lanzan sus soflamas periodísticas antigitanistas en el flamenco. Sean moderados en sus insultos, no utilicen la ironía y traten estos asuntos con seriedad y respeto porque pueden, sin querer, estar apuntalando los pilares del racismo institucional contra el pueblo gitano. Ese antigitanismo institucional que hace que existan cosas como la acepción de "trapacero" para definir gitano en el diccionario, y que el 35% de población penitenciaria femenina sea gitana en este país, entre otras muchas cosas. Porque lamentablemente sí tiene que ver una cosa con la otra.

También hay quienes han tachado de racista la propuesta de estos intelectuales gitanos y gitanas desde un absoluto desconocimiento de lo que es el racismo y de cómo opera. El racismo es un dispositivo de control institucional que apuntala los privilegios de una parte de la población sobre la opresión de otra parte en base a su raza, procedencia, religión o condición. El racismo se da desde arriba a abajo, desde los

privilegiados a los oprimidos. El rechazo o la no tolerancia de negros a blancos, de indígenas a colonos o de gitanos a payos no se llama racismo, será otra cosa pero no racismo. Dependiendo del contexto se puede, incluso, llamar justicia social.

Hablar del blanqueamiento o el descafeinamiento del flamenco no es racismo. Significa alertar sobre cómo el flamenco se está convirtiendo en una mercancía, en un producto de consumo desprovisto de todo el discurso social que encierra. El flamenco, más allá de lo musical, es una filosofía de vida, una posición en el mundo que nace de la opresión, de los márgenes, de aquellos que quedan fuera del orden vigente. El orden económico, una vez más, es capaz de venderlo todo, de desvestir de su condición social al flamenco y comercializarlo. Su blanqueamiento es la pérdida de su condición de raza y clase.

Por último, habrá quien diga que no hace falta este reconocimiento institucional a las raíces gitanas del flamenco, y que estas aspiraciones nacen del victimismo gitano. A quienes hablamos de vulneraciones históricas y actuales a los Derechos Humanos de la población gitana suelen llamarnos victimistas muchas veces. Sin embargo no es victimismo es una aspiración legítima de justicia y reparación social.

Léase esto sabiendo que yo no escribo de flamenco, eso se lo dejo a otros, yo escribo de gitanos y de racismo estructural. Ser un flamencólogo amante de la gitanería es más que amar una forma de interpretar el arte, un compás y una gracia, es hacerse cargo de una historia de persecución y exterminio de un pueblo cuyas consecuencias duran hasta nuestros días. Contra el racismo estructural los necesitamos de nuestro lado, no en frente.

Pastora Filigrana García

Texto publicado en el diario El Salto Andalucía el 17 de mayo de 2018

<https://www.elsaltodiario.com/pueblo-gitano/el-color-del-flamenco>

El día de la resistencia del Pueblo Gitano Andaluz

El 22 de noviembre se celebra el Día de los Gitanos Andaluces, tras la declaración realizada por el Parlamento de Andalucía en 1996. La fecha conmemora el primer registro histórico sobre la presencia de una comunidad gitana en Jaén, datado en el año 1462.

“A veinte y dos días del mes de noviembre de este año (1462) llegaron a la ciudad de Jaén dos condes de la pequeña Egipto, que se llamaban el uno don Tomás y el otro don Martín, con hasta cien personas entre hombres, mujeres y niños, sus naturales y vasallos. Y como llegaron a la ciudad de Jaén, el señor condestable los recibió muy honorablemente y los mandó aposentar y hacer grandes honras. Y quince o veinte días que estuvieron con él, continuamente les mandó dar todas las cosas que les hizo falta, a ellos y a toda su gente, de pan, vino, carne, aves, pescados, frutas, paja y cebada abundantemente”.

Así cuenta la historia oficial que fue como llegaron los primeros gitanos a Andalucía. Aparece en los Hechos del Condestable D. Miguel Lucas de Iranzo, gobernador de Jaén. Seguramente llegaron antes, pero esta es la primera vez que se recogió por escrito. Cuentan los historiadores oficiales que la palabra 'gitano' procede de 'egipciano', aunque nadie ha sabido situar ese “pequeño Egipto” del que hablan. Desde principios de la década de 1990, las asociaciones gitanas andaluzas vienen celebrando el día 22 de noviembre como el día de los gitanos andaluces en conmemoración de esta fecha. En 1996 la Junta de Andalucía lo reconoció como día oficial. Al igual que desde el día 8 de abril de 1971 se viene celebrando el Día Internacional del Pueblo Gitano.

Desde aquel 22 de noviembre de 1462 hasta hoy han pasado muchas cosas. La idílica acogida narrada en los hechos del Condestable de Jaén tuvo un cruento giro a partir de 1499. Los Reyes Católicos, dentro de su proyecto de estado-nación, dictaron las primeras pragmáticas para perseguir al pueblo gitano. El objetivo principal era la extinción de la cultura de estas gentes.

Los Reyes Católicos, dentro de su proyecto de estado-nación, dictaron las primeras pragmáticas para perseguir al pueblo gitano.

“Mandamos a los egipcianos que andan vagando por nuestros reinos y señoríos... que vivan por oficios conocidos... o tomen vivienda de señores a quien sirvan... Si fueren hallados o tomados, sin oficio, sin señores, juntos... que den a cada uno cien azotes por la primera vez y los destierren perpetuamente de estos reinos, y por la segunda vez que les corten las orejas, y estén en la cadena y los tomen a desterrar”. Esta medida persecutoria formaba parte de la estrategia de homogenización étnica y cultural que se llevó a cabo en todo el territorio de la hoy España. Sefardíes o moriscos fueron víctimas de estas mismas persecuciones, si cabe con menor suerte aún que los gitanos.

Pero si nos referimos únicamente en una estrategia de homogenización-cultural para construir el estado-nación blanco y católico que hasta hoy es España no tendríamos en cuenta toda su dimensión. Lo que realmente comienza es una transición hacia un régimen económico capitalista que no podía albergar en su interior formas de vida que cuestionaban un modelo único de producción y consumo. Véase que lo que se pretende es ante todo, que tomen oficio conocido, se asienten en las tierras de algún señor y no anden

juntos. O sea, que vendan su fuerza de trabajo y disuelvan sus comunidades y formas de cooperación que les permitían acceder a los recursos sin necesidad del chantaje de la renta a cambio de trabajo.

La transición hacia un régimen económico capitalista no podía albergar en su interior formas de vida que cuestionaban un modelo único de producción y consumo.

La tarea no fue fácil para los represores, pues la resistencia del pueblo gitano a acatar la autoridad y someterse a las formas de producción establecidas supuso que se dictaran más de doscientas leyes que tenían como objetivo, en primer lugar, la aniquilación física y, a partir del s. XVIII, la asimilación cultural por imposición. Las últimas leyes represivas contra los gitanos se abolieron 1986, ya bien entrada la democracia. En concreto el reglamento para el servicio del Cuerpo de la Guardia Civil donde se establecía mayor vigilancia a las personas gitanas.

Los resultados de aquella resistencia a someterse al modelo productivo imperante y la consecuente represión que conlleva es el origen de las grandes privaciones materiales que padecen hoy una parte importante del pueblo gitano. Datos como que un 11% de las familias gitanas habitan en infraviviendas o la existencia de un 36% de desempleo a nivel del estatal son el precio de la histórica resistencia que motivaron los castigos.

Si bien es cierto que la situación de la población gitana andaluza puede ser más aventajada en cuanto a reconocimiento que la del resto de Europa y del Estado español, no deja de ser estructural el racismo y los padecimientos materiales que se padecen, agudizados en un territorio empobrecido y colonizado económicamente como es Andalucía.

En muchos aspectos, costaría trazar la línea de dónde termina lo gitano y comienza lo Andaluz.

La aportación de la cultura gitana a la cultura andaluza es innegable y, en muchos aspectos, costaría trazar la línea de donde termina lo gitano y comienza lo andaluz. Este fenómeno es único en el mundo pues la exclusión social de la comunidad gitana es la norma mayoritaria en todos los territorios. Las causas de este fenómeno están por establecer, pero me atrevo a aventurar que parte de la resistencia del pueblo gitano al modelo productivo encuentra lazos de afinidad con la cultura andaluza.

No obstante, no todo es idilio entre lo andaluz y lo gitano pues muchos de los rasgos identitarios gitanos han pasado a la cultura andaluza con puros fines comerciales. La gravedad de esta dinámica llega a su máximo nivel cuando desde el s.XIX esta apropiación cultural la lleva a cabo el estado Español utilizando los rasgos identitarios gitano-andaluces para la comercialización de la marca España. Una apropiación cultural que ha ido acompañada históricamente de la represión y la exclusión de lo gitanoandaluz.

Hoy, 22 de noviembre, es un día reconocido por la institución y no faltan voces críticas sobre la falacia que suponen estos reconocimientos simbólicos mientras las condiciones materiales de una gran parte del pueblo gitano siguen siendo de carencias. “Menos izar banderas gitanas, y más lucha contra los asentamientos chabolistas”, dicen. Sin restar lo oportuna que pueden tener estas alertas, estas caen en un falso debate entre lo simbólico y lo material. En primer lugar porque la mayoría de las personas y organizaciones que izan hoy la bandera gitana tiene una comprometida lucha contra las desigualdades que sufre el pueblo gitano. Y en segundo lugar, porque estas desigualdades materiales están construidas sobre

relatos a nivel simbólico que hace recaer las culpas de esta situación de desventajas a la propia idiosincrasias de los gitanos “que no se quieren integrar”; o bien, directamente, justifican la situación por un orden natural que coloca a unos por debajo de otros en la línea de la ideología fascista.

Esos relatos de justificación de los padecimientos y su mantenimiento en los imaginarios es lo que llamamos racismo institucionalizado. Así pues, para revertir las injusticias materiales es necesario desmontar a la par estos discursos racistas que culpan a los gitanos de su pobreza. Salvo que mañana mismo tomemos los medios de producción y garanticemos el acceso a los bienes básicos para una vida digna para la población mundial, las conquistas materiales necesitarán sin remedio ir acompañadas de las luchas simbólicas para el propio reconocimiento y para desmontar las justificaciones de las desigualdades.

Dar a conocer la historia, hacer entender que las formas de vida que se resisten al modelo de producción capitalista son perseguidas y exterminadas, poner en valor la dignidad de esta resistencia, conquistar condiciones materiales dignas... y también izar banderas, para que se nos vea. Este es el plan.

Pastora Filigrana García

Artículo publicado en el diario El Salto Andalucía el 22 de noviembre de 2018

<https://www.elsaltodiario.com/pueblo-gitano/el-dia-de-la-resistencia-del-pueblo-gitano-andaluz-22n>

La clase obrera ya está rota

El discurso de atención a la diversidad de la raza y el género es fundamental para reconstruir la unidad de lucha en todos los frentes

“El discurso de la diversidad pone en peligro la unidad de la clase obrera”. Últimamente ha reaparecido con fuerza esta alerta. Frente a las lecturas neomarxistas de las últimas décadas que señalaban que la opresión del neoliberalismo no se estructura únicamente a través de la explotación laboral, sino que existen otros dispositivos de opresión como la raza o el género, se lanza esta advertencia: “El discurso de la diversidad es un triunfo del neoliberalismo porque esconde o diluye la opresión principal, que no es otra que la opresión de clase”.

A continuación, expongo una reflexión sobre la menor o mayor veracidad que esconde esta alerta, e invito a cuestionarla desde una mirada situada, llamando a la prudencia. Esta reflexión la hago desde mi propia mirada y mi vivencia de la raza, el género y la clase. Soy mestiza gitana, y he dedicado una parte importante de mi vida al activismo gitano, soy sindicalista activa, abogada laboralista y de ideología comunista-libertaria.

Los discursos de la diversidad no rompen la clase obrera, la clase obrera ya está rota. La explotación capitalista y el chantaje de la renta a cambio de fuerza de trabajo se manifiesta con diferente violencia según el grado de “humanidad” que el sistema otorga a la persona trabajadora a partir de la raza, el género o el territorio que habita. En el Norte Global las luchas sindicales pueden articularse, organizar protestas, huelgas, o acciones sin que peligre la vida. No es cuestión de minusvalorar la represión que sufrimos, y que conozco de primera mano, pero la vida está a salvo. En el Sur Global, imaginemos las maquilas asiáticas, estas prácticas de lucha suponen no ya la represión sindical, el despido o la multa sino que ponen en juego verdaderamente la integridad física y la vida. El discurso que llame a la unidad de la clase obrera frente a la explotación capitalista tiene que hacerse cargo de esta diversidad de situaciones que se padecen. El discurso homogeneizador de “todos somos la misma clase obrera” sin matices y sin integrar estas diferentes situaciones de partida no es eficaz para la unidad, y la historia ha demostrado que fracasa porque deja fuera muchas formas de vida. El discurso de atención a la diversidad de la raza y el género es fundamental para reconstruir una clase obrera que ya viene rota por estas diversas violencias.

El neoliberalismo imbrica varios dispositivos de explotación que se retroalimentan: el racismo, el colonialismo, el patriarcado y el capitalismo. Son varias cabezas de un mismo cuerpo monstruoso. La emancipación pasa sin duda por articular discurso y prácticas de lucha en todos los frentes, y para eso es esencial la atención a las diversas manifestaciones del monstruo.

Cuando Silvia Federici, anticapitalista y marxista, advierte sobre cómo la explotación no únicamente está en la plusvalía, y pone la atención en el trabajo de cuidados invisible que realizan las mujeres en el ámbito familiar, no está dividiendo la clase. Está llamando a sumar un sujeto, la mujer cuidadora, que hasta ese momento se quedaba fuera porque el discurso marxista-obrerista se había quedado estrecho.

Cuando Angela Davis, comunista, pone en el centro del discurso la raza como paradigma de explotación no está rompiendo la clase, está incluyendo a un sujeto que se quedaba fuera por la violencia específica que sufría desde su posición de raza que no estaba siendo respondida desde luchas obreras. Cuando Sirin Adlbi

habla de islamofobia y de cómo el capitalismo necesita construir al otro para justificar su acumulación destructiva no rompe la clase, está señalando cómo se manifiesta la opresión desde la posición de su comunidad y proponiendo una estrategia de lucha propia que responda a esta violencia.

Los discursos y las prácticas de lucha y resistencia no son universales. La hegemonía blanca y occidental se cuela incluso en los discursos contrahegemónicos y convierte en universal sus formas de resistencia y lucha. Es imprudente que un obrero blanco y occidental quiera hacer universal que la primera lucha es la liberación de clase, es decir liberarse de la explotación laboral. Es osado porque quizás, desde su posición en el mundo, es la única opresión que padece, y por eso la hace centro y pretende universalizarla. Pensar de manera situada es valorar que quizás en un gueto negro estadounidense la represión que se sufre pase más por la raza que por la clase y que la represión policial racista suponga el centro de la lucha, y no tanto la cuestión sindical en un centro de trabajo. Por supuesto que la violencia es por la raza y por la clase, porque son pobres, pero son las personas que padecen violencia específica quienes deciden, de manera colectiva, qué ponen en el centro de su estrategia emancipatoria.

Darle protagonismo a la liberación racial no está rompiendo la clase porque la lucha antirracista es una lucha anticapitalista; el capitalismo necesita para su mantenimiento de esta división racial y colonial del mundo.

Los discursos y las estrategias de resistencia están allí donde haya una comunidad oprimida. Construir la emancipación desde estas estrategias de lucha propia y no estar obligados a mimetizar los modelos de la Europa blanca. Esto es la diversidad. Cuando abogo por que el pueblo gitano tiene sus propias prácticas de autogestión de conflictos o de mutualismo de base sin necesidad de parafrasear a Kropotkin, no estoy cuestionando la teoría del apoyo mutuo, sino estoy haciéndola cercana a gente que le queda lejos porque es distinta; es decir, no forma parte del paradigma blanco europeo.

Las alertas sobre cómo determinados discursos de la diversidad posmoderna conllevan la frivolidad de los planteamientos políticos pueden ser muy necesarias, pero deben hacerse con prudencia y saber que se está hablando desde una mirada concreta y no universalizando nuestras experiencias. Hay que ponerse en estado de duda y pensar que quizás no todas las violencias pasan por las mismas jerarquías que las que padecemos en un territorio o un cuerpo determinado.

Son importantes y necesarias las llamadas de atención sobre el sectarismo que puede existir en grupos que reivindican la diversidad, pero, si verdaderamente creemos en la unidad de las luchas, estas críticas deben buscar el diálogo y no el enfrentamiento. Enfrentarse con quienes “rompen la clase” sólo alimenta una dinámica de atomización de las luchas y no suma en colectivo.

Nos enfrentamos a un monstruo de mil cabezas, y difícilmente saldremos de esta con un único discurso y práctica de lucha. Va a hacer falta un diálogo amplio y una escucha atenta a las diferentes manifestaciones de violencia de estas cabezas. La unidad de lucha que aspiramos sin duda pasará por tener en cuenta la diversidad.

Pastora Filigrana García

Texto publicado en la revista CTXT el 8 de agosto de 2018

<https://ctxt.es/es/20180808/Firmas/21149/Pastora-Filigrana-Garcia-diversidad-clase-lucha.htm>